

Noam Chomsky

Lucha de clases

Conversaciones con
David Barsamian

Traducción de
Lara Vilà

Crítica
Barcelona

●

Mirando hacia adelante: entrevista del décimo aniversario

20 de diciembre de 1994

DAVID BARSAMIAN: *Noam, hace ya diez años que mantuvimos nuestra primera entrevista. Sé que concedes muy pocas, así que probablemente esté fresca en tu memoria.*

NOAM CHOMSKY: Absolutamente. Recuerdo cada palabra [risas].

Yo la recuerdo bien porque tuve todo tipo de problemas técnicos. No conseguía hacer funcionar la grabadora. Te llamé y dije: «No podemos hacerlo». Después me las arreglé para entender su funcionamiento. En cualquier caso, de eso hace ya diez años. En una reseña de Keeping the Rabble in Line se dice que tú y yo tenemos una especie de «relación simbiótica». ¿Es algo que debería preocuparnos?

Mientras sea una simbiosis a distancia, no hay ningún problema.

Bien. De hecho, solemos acabar en este tono. Querría empezar preguntándote por tus proyectos inmediatos. Sé que tienes planeado hacer un viaje a Australia en enero.

Este viaje lleva preparándose desde hace veinte años.

¿Algún libro nuevo?

Ahora mismo estoy en la mitad de un libro muy técnico sobre lingüística y tengo en la mente un libro que vengo prometiendo desde hace tiempo

sobre filosofía del lenguaje. En lo que se refiere al tema político, no estoy demasiado seguro. Probablemente reúna y ponga al día algunos escritos. Unas cuantas personas me han pedido algunos ensayos revisados y más extensos acerca de asuntos de actualidad y quizá lo haga. No estoy seguro. Tengo la impresión de que he saturado un poco el mercado con mis libros. Quizá espere un poco.

¿Qué te parece escribir para la revista Z? ¿Vas a seguir haciéndolo?

Desde luego. Tengo un par de artículos listos para publicar. Tenía uno muy largo, que resultó serlo demasiado, así que lo dividí en dos partes, que se publicarán en enero y en febrero. También tengo otros proyectos. Y otras revistas.

La última vez que mantuvimos una conversación dijiste que trabajar en lingüística te resultaba particularmente estimulante. Hubo cierta animación en tu voz. ¿Qué es lo que te resulta atractivo del trabajo que estás realizando ahora en el terreno de la lingüística?

Es difícil explicarlo de una manera sencilla. Existe un tipo de ritmo para cualquier actividad, probablemente para cualquier actividad científica. Se te ocurren algunas ideas interesantes que cambian la manera de ver las cosas. Muchas personas empiezan a probar y a aplicar esas ideas. Encuentran todo tipo de dificultades e intentan darles una solución. Existe un período en todo trabajo que se realiza dentro de un marco relativamente establecido. A veces se produce una convergencia entre ese marco y los objetos de investigación, o bien algo te sorprende y de pronto descubres que existe otra manera de ver las cosas que resulta ser mucho mejor que la anterior y que puede eliminar muchos de los problemas con los que nos habíamos estado enfrentando. Y pasas a una nueva etapa. Este momento es una de esas espléndidas casualidades que a mí quizá me han ocurrido con anterioridad al menos en un par o tres de ocasiones. Esta vez está resultando ser particularmente estimulante. Parece ser que tal vez exista una manera de demostrar que una pieza fundamental del lenguaje humano, la pieza central de los mecanismos que relacionan el sonido y el significado, es no sólo en gran parte universal, sino, de hecho, incluso desde cierto punto de vista, potencialmente inmejorable. Dicho en términos muy generales, ello significa que si fueras Dios y tuvieras que diseñar un sistema, casi llegarías a hacerlo así. En cualquier caso, existe un gran número de hechos extraordinarios referidos al lenguaje. Se sabe desde hace mucho tiempo que posee unas propiedades que jamás esperarías encontrar, en absoluto, en un organismo biológico, propiedades que en

muchos casos son más parecidas, por razones desconocidas, a entidades que hallarías en el mundo inorgánico. En el caso de que estemos yendo por el buen camino, todo resultaría ser incluso más extraordinario porque lo último que podría esperarse de un sistema biológico es que fuera una entidad diseñada de una manera casi perfecta.

¿Los estímulos de estas investigaciones provienen de estudiantes y colegas?

Gran parte del trabajo es mío, pero naturalmente todo resulta sumamente interactivo. Este tipo de iniciativas suelen tener un carácter muy cooperativo. Doy un curso cada otoño, que en realidad es más una especie de seminario, al que asisten personas de todas partes y que ha establecido un cierto modelo en los últimos treinta o cuarenta años. Vienen muchos profesores procedentes de otras universidades y de otras disciplinas. Mucha gente de otras universidades ha asistido a él durante veinte y treinta años. Otros asistentes provienen de la región noreste, de Canadá y Maryland. Hay muchos europeos. Es un seminario muy animado y perseverante. Doy la clase y después se discute mucho. Se tratan siempre cuestiones en los márgenes de la investigación. A veces resulta verdaderamente interesante, otras no lo es tanto. Este otoño, de hecho estos dos últimos años, pero particularmente este último, me empezaron a encajar muchas ideas mientras yo hablaba. Ahora mismo las estoy poniendo por escrito.

¡Es fantástico! Me entusiasma ver que también encuentras tu trabajo tan atractivo.

Siempre lo he encontrado atractivo, pero, como digo, existe un ritmo. A veces, se trata más de realizar un trabajo minucioso dentro de unas directrices concretas, y otras de comprender, de pronto, que hay otra manera de ver las cosas que parece que elimina muchos problemas y que proporciona perspectivas emocionantes. Esto es, quizá, lo más interesante que se me ocurre, por lo menos. Si es exacto o no, ya es otra cuestión.

Siendo así, y teniendo en cuenta que estás implicado en este trabajo imprescindible, me preguntaba si se te ha ocurrido retirarte.

Desde luego. Debo pensar en ello a mi edad. Y, al mismo tiempo, me pregunto cuál será la manera más adecuada de establecer una continuidad dentro del departamento y de progresar en mi campo, sin olvidar el hecho de tener una vida privada, etc. Hay tantísimas cosas que me gustaría hacer. Y a ello hay que añadir la cuestión de cómo repartir el tiempo y el esfuerzo.

¿Cómo estás de salud?

Bien.

¿Es una de tus preocupaciones principales?

No.

Durante estas últimas semanas he estado relejendo tu libro La quinta libertad, en particular el capítulo que trata del contraataque del ala derechista y, más específicamente, lo referente al crecimiento y el poder de las instituciones y las fundaciones de la derecha.

Es interesante. Yo estaba leyendo lo mismo.

¿De verdad?

De hecho, el artículo que tengo publicado en Z empieza haciendo referencia a algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar durante las elecciones de 1980 y 1984. Se abre con algunos comentarios que adapté de ese capítulo. La analogía resulta de lo más sorprendente.

Es justo lo que yo pensé también. Me pregunto si las recientes...

Son exactamente una repetición.

Las elecciones de noviembre de 1994.

Lo que ocurrió, y el fraude acerca de lo que ocurrió, son idénticos.

¿Cuál fue el fraude?

Una de las conclusiones a las que llegué entonces —esto es, a mediados de los años ochenta— es que ambas elecciones, las de 1980 y las de 1984, fueron descritas como «victorias conservadoras arrolladoras», «las grandes revoluciones reaganistas», etc. Sin embargo, lo que ocurrió fue muy distinto. La población seguía alejándose de la política «reaganista». Prácticamente nadie del grueso de la población veía como una cuestión importante lo que se denominaba «conservadurismo». Era un 4 por 100, un 8 por 100, o algo así. Reagan, naturalmente, obtuvo menos de una tercera parte del apoyo del electorado. Pero, además, la mayoría de los votantes no deseaba que su

programa legislativo se realizara porque se oponían a él. Lo que ocurrió de hecho fue un voto en contra. La población se sentía alejada del sistema, no le gustaba lo que ocurría, se oponía a todo ello. Sus preocupaciones e intereses, que eran de un liberalismo tipo New Deal, para decirlo de una manera sencilla, simplemente no habían sido articulados de ninguna manera en el sistema político, así que decidieron no votar, o votaron en contra. Sin embargo, a pesar de que posiblemente les gustara más la sonrisa de Reagan que el entrecejo fruncido de Mondale, entre las personas que se habían formado una opinión, también un 70 por 100 de los votantes se oponía a la política de Reagan. Entre los que no votaron tal oposición era mayor.

Esto es, de manera muy aproximada, lo que ocurrió en ese momento. La razón por la que se describió como una «victoria conservadora arrolladora» se debe a que ciertos grupos de la elite así lo determinaron. Éstos querían destruir los escasos restos, ya débiles, de la política del estado del bienestar y redirigir la política social, aun más que nunca, hacia los intereses de los poderosos y de los privilegiados. Era lo que querían. Por ello interpretaron el voto de esa manera, entre una serie de opciones diversas. Ésta incluye a los liberales en su mayoría. Más o menos algo similar ha ocurrido ahora. De manera que si estudias los resultados de las últimas votaciones, los de 1992 y los de 1994 han sido casi idénticos, con un par de puntos de diferencia en el porcentaje, atribuibles en gran parte al hecho de que la votación ha sido desviada aún más hacia la riqueza de lo que es habitual.

Entre los que no han votado, que son, por supuesto, la gran mayoría, un número importante de ellos se denominan a sí mismos «prodemócratas», cuando en realidad lo que entienden por «demócrata» es una noción que no ha tenido representación en las actuales elecciones. La oposición a los «nuevos demócratas» como Clinton ha sido mucho más elevada que la oposición a los llamados demócratas «tradicionales», o liberales tradicionales. Si examinas los resultados verás que los demócratas que intentaron movilizar al electorado tradicional, como las mujeres y los trabajadores, lo hicieron bastante bien. Los que se estrellaron fueron los «nuevos demócratas» como Clinton. Si observas los sondeos electorales, podrás ver por qué. La opinión pública se opone de manera contundente a la política que comparten Gingrich y Clinton, casi a todas sus propuestas. Pero lo que ocurre es, sencillamente, que la mayoría de la población no se siente representada. Cuando se les preguntó, por ejemplo, si pensaban que tener un Congreso conservador era una cuestión importante, aproximadamente un 12 por 100 de los votantes de estas elecciones contestó afirmativamente. En otras palabras, nadie. Esto es muy similar a lo que se produjo a principios de los años ochenta. Estoy convencido de que la razón por la que se interpretan los hechos de esta manera se debe a que esa es la política que los privilegiados y los poderosos

desean. Así que aparentarán prometer un gobierno popular, aunque no sea así. Ello implica una mayor reducción de las opciones a elegir. No bajo presión popular, sino por elección de las elites. Eso es lo que quieren. Y no sorprende que así sea. Les resulta beneficioso.

Clinton y sus asesores decidieron interpretar el voto dando a entender que debían dirigirse hacia una posición más impopular que en la que ya se encontraban, en lugar de interpretarlo dándole el sentido siguiente: «Debemos hablar a la mayoría de la población que se opone a lo que estamos haciendo, y que es aún más contraria a lo que los republicanos están haciendo». Lo interpretaron de aquella manera, a pesar de sus propios sondeos electorales, que daban a entender lo contrario, porque es la conclusión a la que querían que se llegara.

Pero dime una cosa. Si no recuerdo mal, en los años ochenta, durante el período Reagan, los medios corporativos de la elite casi celebraron los planes económicos de Reagan y su mismo programa, mientras que esta vez podían leerse en el New York Times y en el Washington Post críticas mordaces a Gingrich, críticas realmente duras.

Esto fue antes de las elecciones. Y se ha suavizado desde entonces. El programa de Gingrich pretende centrarse en lo que él denomina «asuntos culturales». La operación tiene sentido, puesto que cuando vas a robar a alguien no deseas que centre su atención en los asuntos económicos. El programa actual es este: robar a la población para hacer más ricos a los que ya lo son. No veo que exista demasiada oposición por parte de los medios corporativos. Por ejemplo, lee los editoriales de hoy. ¿Condenaron a Clinton por haber anunciado ayer que va a limitar aún más al gobierno y disminuir el apoyo a la destrucción de los residuos nucleares? Lo dudo. Aún no he leído los periódicos.

Sin embargo, a lo que sí se oponen, y por lo que están muy preocupados, es por lo que denominan la «ofensiva cultural» al estilo Gingrich, porque ésta, de hecho, está atacando también los valores de la elite. Creo que existe ahí una especie de contradicción interna a la que los grupos de la elite tienen dificultades para adaptarse. Para llevar a cabo la política social que realmente les interesa, esto es, para distribuir los recursos a los ricos aún más que antes y reducir el nivel de vida del grueso de la población, marginándola más que antes, para llevar esa política a cabo, digo, necesitan al menos algún tipo de apoyo popular. Tienes que movilizar algún tipo de apoyo para lo que estás haciendo. No puedes conseguirlo sobre los asuntos sociales y los económicos. Por lo tanto, te centrarás en lo que ellos denominan «asuntos culturales». Hay algo que recuerda, en este sentido, a los años treinta, a la Ale-

mania de los años treinta. Se intenta movilizar a la población a partir de algo diferente. Una parte importante del programa de Gingrich es lo que él llama la «reconstrucción de la civilización norteamericana», lo que significa una disminución de los derechos de la mujer, volver a rezar en la escuela, reducir las opciones de discusión, atacar las libertades civiles, etc. Todo ello es lo que no gusta a los ricos y poderosos, puesto que se benefician de ello. En primer lugar, tienden a ser lo que se denomina «liberal» en lo que se refiere a los valores culturales. Desean ese tipo de libertades que resultarían destruidas poco a poco si los tipos como Gingrich estuvieran realmente convencidos de lo que dicen. Aquí se produce la contradicción. Resulta muy evidente.

Por ejemplo, hace un par de semanas, el *New York Times* publicó un editorial en defensa de la contracultura.

Es asombroso.

Yo no lo encontré en absoluto asombroso.

¿No?

Era bastante natural, puesto que lo que ellos entienden como «contracultura» es precisamente aquello que aprueban. Y si hubieras realizado una encuesta entre los ejecutivos de la empresa, éstos hubieran estado de acuerdo. No quieren que se obligue a sus hijos a rezar en las escuelas. No quieren que ningún tipo de fundamentalismo religioso les diga lo que tienen que hacer. Quieren que sus esposas y sus hijas tengan oportunidades, el derecho al aborto y otras formas de libertad. No quieren recuperar para sí y para sus vidas el tipo de valores de los que Gingrich habla. Este es el tipo de contracultura que defienden. Así que ese editorial no me pareció en absoluto sorprendente.

Por otra parte, se publicó un artículo incluso más importante, creo, una historia en la portada del *Wall Street Journal*, hace un par de días, que de hecho trataba sobre la «lucha de clases» y las «clases económicas». Estos términos no son habituales en los Estados Unidos, pero ahora están siendo utilizados. Es extremadamente interesante observar cómo lo expresan. Afirman que se está produciendo una lucha de clases entre la clase trabajadora, por un lado, que es una clase económica —eso dicen—, y las elites que la están oprimiendo, que resultan ser los liberales. Esas elites que oprimen a los trabajadores son los liberales elitistas con sus disparatados valores contraculturales. ¿Quién levanta la voz por los trabajadores de a pie? Los denominados conservadores, quienes de hecho hacen todo lo que pueden para destruirlos. Esta es la lucha de cla-

ses. Aparentemente, se sienten bastante seguros de su propia absorción del sistema doctrinal, algo que se trata en mi libro de 1985 que has mencionado [*La quinta libertad*]. Se sienten tan seguros de ello que incluso se muestran dispuestos a aceptar expresiones como «lucha de clases» y «conflicto entre clases» siempre y cuando la clase dirigente se identifique con la población que se adhiere a estos valores liberales y contraculturales. No es una perversión total de la realidad. Si te acercas a la verdadera y genuina clase dirigente, a aquellas personas que poseen, invierten y especulan, y a los altos cargos y al resto de ellos, verás que todos generalmente comparten estos valores denominados «liberales». Esta es la razón, creo, por la que se pueden hallar estas contradicciones internas tan escandalosas. Por un lado, Gingrich está siguiendo una línea de propaganda casi necesaria si se quiere ser capaz de llevar a cabo un ataque de gran importancia contra la población. Pero los elementos de esta línea propagandista, al menos tomados de manera literal, tropiezan al mismo tiempo con los intereses de los ricos y poderosos. Existe ahí una contradicción interna, y creo que esa es la razón por la que se ven cosas como ese editorial del *Times*.

Esto tuvo lugar el domingo 11 de diciembre de 1994. Querría mencionar un hecho al respecto. Dijeron que la política de Vietnam era «trastocada».

Sin embargo, ya ves, esa es una vieja historia.

No recuerdo que usaran este adjetivo en aquel momento.

Hay que remontarse a principios de los años sesenta, momento en el que afirmaban: «Estos tipos están locos. No saben cómo ganar la guerra».

Así que piensas que es cosa de los pragmatistas.

¿Acaso dicen que la agresión llevada a cabo en Vietnam del Sur fue inmoral? Dicen que fue «trastocada». Observa esta atrocidad: dedicábamos nuestras vidas, energías y esfuerzos en salvar a unas personas que no podían ser salvadas porque no tenían ningún valor. Es lo que decía David Halberstam a principios de los años sesenta. Los presuntos críticos eran aquellos que decían: «Chicos, no lo estáis haciendo bien». Anthony Lewis, cuando finalmente se posicionó en contra de la guerra, alrededor de 1970, dijo que ésta fue provocada por unos esfuerzos mal dirigidos, que queriendo hacer una buena acción provocaron un desastre. Por eso se habla de una política «trastocada».

Hablemos más sobre el tema de la lucha de clases. Si la iniciativa económica de la derecha republicana, que es esencialmente un ataque a los pobres...

«Pobres» es una palabra graciosa en este caso. Probablemente se trate de un ataque contra tres cuartas partes de la población.

¿No podría preocupar a las elites que esto acabara en una inestabilidad social y disturbios como los vividos en Los Ángeles?

Esa es la razón de que tengan una enorme factura delictiva, y lo que quieren hacer es aumentarla. Quieren criminalizar a gran parte de la población, algo en lo que estuvieron trabajando durante algún tiempo. En mi opinión, creo que esto es, de hecho, lo que ahora está ocurriendo. Durante los años setenta, parecía, gracias a los cambios producidos en la economía internacional, que fuera posible a los auténticos grupos dirigentes llevar a cabo algo que siempre habían deseado, pero que no habían podido hacer, a saber: reducir todo lo referente al contrato social que los trabajadores y los pobres habían conseguido tras un siglo de lucha. Existía una especie de contrato social, que creo que piensan que pueden hacer retroceder y volver atrás, a los días de las fábricas satánicas (para usar la frase de William Blake), en las que creen tener armas suficientes contra la población —y ello no deja de ser plausible— que pueden destruir los derechos humanos, eliminar el curso de la democracia, excepto en la vía puramente formal, trasladar el poder a las manos de innumerables instituciones absolutistas que dirigirían el mundo según sus propios intereses, sin tener en cuenta a nadie más, aumentar el poder privado y eliminar los derechos de los trabajadores, los derechos políticos, el derecho al sustento, es decir, destruirlo absolutamente todo. Eliminar lo que solía llamarse el derecho a la vida. A principios del siglo XIX, tuvo lugar una batalla por este motivo y no pudieron poner en práctica este programa. En este momento creo que piensan que es posible hacerlo. Esto significa, en efecto, convertir a los países industrializados en una especie de Tercer Mundo, en una especie de América Latina, lo que significa abundancia, privilegios y una importante protección gubernamental para un sector de la población, puesto que ninguno de estos individuos cree en un libre mercado ni en nada que se le parezca remotamente. Lo que quieren es un estado del bienestar poderoso, que les proporcione a ellos los recursos y la protección. Así que, por un lado, tenemos un estado del bienestar poderoso dedicado a la protección de un sector reducido de la población. Y en cuanto al resto, los que son necesarios para hacer el trabajo sucio, basta con pagarles una miseria y, si no quieren hacerlo, ya buscaremos a otro. Una gran parte de la población, sencillamente,

sobra; no los necesitamos para nada. En el Tercer Mundo, quizá envíes brigadas de la muerte para que se ocupen del asunto. Aquí no envías brigadas de la muerte, basta con confinarlos en los barrios bajos urbanos, que son más o menos campos de concentración urbanos, y asegurarse de que no tienen ahí ningún tipo de recurso, para que así colapse y se deteriore. Y si esto no funciona, sencillamente los mandas a prisión.

¿Has descubierto algún tipo de resistencia contra esta política en curso?

¿Una resistencia organizada? En cierto sentido, pero no es constructiva. Por ejemplo, el voto en 1994 fue un ejemplo de resistencia, fue un voto arrollador contra todo lo que estaba sucediendo, pero no adoptó una forma constructiva.

El 61 por 100 de la población no votó.

Cierto, pero eso es algo normal. La mayoría de la población piensa que las elecciones son un fraude. Pero incluso los que votan lo creen así. Analiza a la minoría que votó. He olvidado las cifras exactas, pero creo que el voto en contra era de seis a uno. Esta situación es muy parecida a la de 1980, excepto que ahora la reacción ha sido mucho más extrema puesto que hemos vivido quince años de reaganismo. Empezó a producirse al final de la era Carter, atravesó los años de mandato de Reagan, y tiene continuidad en el de Clinton. Es una situación en la que se produce un incremento progresivo de la desigualdad, al que sigue, literalmente, una reducción absoluta del nivel de vida de la mayoría de la población. Tuvo un estancamiento momentáneo, sufrió una reducción desde los años ochenta y está disminuyendo durante los años de mandato de Clinton. Lo que resulta extraordinario en este momento es que esta es, quizá, la primera vez en que, durante un período de recuperación económica general, los niveles de vida y los económicos han sufrido un descenso. El Census Bureau (Departamento de Estadística) precisamente acaba de publicar las cifras referidas a 1993, después de dos años de presunta recuperación. La media de los ingresos, aproximadamente, ha descendido en un 7 por 100 desde 1989. Es un hecho poco frecuente, quizá sin precedentes para una recuperación económica. ¿Has comprado el *New York Times* esta mañana?

Sí.

Échale un vistazo. Habla de los recortes presupuestarios de Clinton. Sigue en la página interior, sección B. Casi una página entera está dedicada a su continuación. Después, en la columna de la derecha hay un artículo que informa

de la última conferencia de alcaldes. Si no la has leído, hazlo. Es interesante. El reportaje sobre la conferencia de alcaldes informa de que el número de personas que necesitan desesperadamente comida y hogar ha aumentado extraordinariamente. Creo que las cifras oscilan sobre un 15 por 100 o algo parecido. Una gran parte de éstas han sido simplemente negadas porque las ciudades no poseen los recursos necesarios para solucionar la situación. Que algo parecido ocurra en un período de recuperación... que esto suceda en un país rico es, en cualquier caso, algo escandaloso. Pero que en un período de recuperación se produzca un aumento del hambre y de las personas sin hogar, un importante aumento, suficiente para que la conferencia de alcaldes haga un informe y eleve una agria protesta contra la política federal, es algo bastante sorprendente.

La población es consciente de que las cosas están mal, pero no posee una manera constructiva de responder. Por ejemplo, no hay nada en el sistema político. Las encuestas, los estudios de opinión y demás, incluyendo las encuestas postelectorales tras la última votación, dejaron bien claro lo que sería una política victoriosa en el terreno político: una de naturaleza populista, reformista, socialdemócrata. Ésta, probablemente, se habría ganado a un mayor número de la población, a juzgar por la opinión pública. Pero nadie va a hacer una afirmación semejante, puesto que lo que se pretende es algo diferente.

Es interesante observar la manera en que ambos bandos cubrían algunos asuntos muy obvios durante la campaña. Tomemos, por ejemplo, a Newt Gingrich, quien está destruyendo a los demócratas con su discurso sobre el «estado niñera» y el estado del bienestar, al hablar de la necesidad de quitarnos de encima al gobierno, como si nuestro «estado niñera» fuera a arruinar al mundo. Ha estado destruyendo a los demócratas con este discurso. No he podido encontrar a nadie, ni entre la llamada prensa liberal ni entre los mismos demócratas, que haya dado la respuesta obvia: «Tú eres el mayor defensor del “estado niñera” del país o, desde luego, uno de los más importantes». Como creo que sabes, el distrito electoral de Gingrich recibe más subsidios federales que ningún otro condado del país fuera del sistema federal.

Es el condado de Cobb, más allá de Atlanta.

Si prescindimos de Arlington, en Virginia, que es parte de Washington, y de la Florida hogar del Kennedy Space Center, el condado de Cobb es el primero. Esto es el «estado niñera». Estos son los beneficiarios de una política social que ofrece los recursos públicos a los ricos. Gran parte de esta operación se lleva a cabo a través del Pentágono, que tiene esa función nacional.

Lockheed tiene su sede en el condado de Cobb.

Lockheed es su empresa más importante. Además, están las empresas de electrónica e informática, todo ello generosamente subvencionado, así como las de seguros. ¿Por qué los seguros son un negocio con el que se puede ganar mucho dinero? Porque la política social es la de asegurarse que el poder privado, es decir, las compañías de seguros, dirijan enormes planificaciones. Las más evidentes son los planes de salud. Eso es la política pública. En los países prudentes no existe nada parecido a planes de salud privados. Así, su distrito es, de hecho, el beneficiario del «estado niñera» hasta un extremo probablemente superior al de cualquier otro del país fuera del sistema federal.

Para volver a mi punto de partida, ningún demócrata denunció esta situación. Y el motivo es, sospecho, porque están de acuerdo. No quieren poner de manifiesto algo semejante, incluso al precio de perder seriamente las elecciones y el control del Congreso.